

e la escuela celda como costumbre a la escuela como deseo

Ivannsan Zambrano G.¹

¹ Doctor en Humanidades. Integrante del Grupo Historia de las Prácticas Pedagógicas. Profesor de las facultades de Educación y Artes de la Universidad de Antioquia. Coordinador del grupo Colegio Pedagógico. Historia, imágenes y concepciones del maestro. Correo: ivannsan.zambrano@udea.edu.co

Se visibiliza y problematiza una forma de escuela que habita en los educandos y educadores. Una escuela que obstaculiza la posibilidad de vivir y aceptar otra experiencia educativa: la escuela del deseo. Transitar hacia esa otra escuela implica una vivencia sentida, profunda e incluso dolorosa, en la que tanto educandos como educadores son convocados a un pensamiento transformador sobre sí mismos, los otros y el mundo. Sin embargo, esa transformación debe empezar por uno mismo.

Palabras clave: escuela, deseo, educación, aula.

Mayer:

Ayer entré al aula emocionado y convencido de que, gracias a lo hecho, todas y todos —incluyéndome— queríamos estar ahí. Sé lo que ha pasado en esta aula, soy el profe de ella. En este espacio vivimos una experiencia pedagógica activa, sensible y entusiasta: hemos reído, llorado, hecho teatro, visto películas, comenzamos cada encuentro con estiramientos y, sobre todo, sostuvimos un diálogo horizontal y colectivo. No solo me has escuchado a mí, también a tus compañeros y a tu propia voz. Nuestra vida ha estado en el aula, y es en ella donde nos acercamos al conocimiento, donde lo creamos y, con él, pensamos. No hemos hablado de autores y conceptos para memorizarlos y reproducirlos, sino para vivirlos y relacionarlos con nuestras propias vidas. Ha sido un espacio dinámico, cercano y festivo. Como profe he sentido una atmósfera grupal llena de emoción, asombro, inquietud y consciencia.

Sin embargo, en clase volví a ver tu desgano y lamento... y no es la primera vez que pasa, lo he visto en muchos estudiantes, incluso en mí mismo. Aun con todos mis esfuerzos, siempre aparece esa desmotivación en las clases. De hecho, me expresaste que no te sentías animado, que no

querías venir a clase. En nuestro último encuentro sostuviste frente a todos: «no quiero venir a clase». Percibí tu sin sabor respecto a nuestro encuentro, me dolió y, en cierta medida, me entristeció, me sentí culpable a causa de la falta de motivación que se reproduce en miles de aulas por todo el mundo. Me llevaste a preguntarme por esos millones de niños y niñas —después jóvenes y hasta adultos— que día a día pierden sus vidas en aulas que parecen celdas, pero con una desventaja: los prisioneros al menos son libres de pensar en sus asuntos —como nos lo recuerda Lodi (2000)—, en esta celda aula, a ti se te dice qué pensar, qué imaginar, qué sentir.

Tienes toda la razón en sentirte desmotivado, pues a esta institución no le interesa que desees, que sueñes, que ames, que rías, tan solo quiere que estés quieto, disciplinado, obediente y que reproduzcas lo que te impone. No me sorprende tu falta de deseo, como tampoco me sorprende que mis colegas sean indiferentes a él. También muchos de ellos asisten al aula sin deseo, y no esperan de ti ni de los compañeros lo que ellos no tienen. Te pido perdón, desde mi intención de ser maestro, no solo a ti, sino también a los millones de estudiantes que día a día ahogan su vida, su deseo de vivir en una institución moderna y maquinal, donde las vidas —la mayoría— no florecen, se marchitan, se empobrecen.

La escuela, estimado Mayer, la escuela moderna no fue hecha para alimentar lo que somos: deseo, nuestra voluntad de vida. Desde sus orígenes, ha sido —y sigue siendo— una institución en la que se busca controlar, medir, ordenar e imponer a los cuerpos y mentes una forma de ver,

**Nuestra vida ha estado
en el aula, y es en ella
donde nos acercamos
al conocimiento,
donde lo creamos y,
con él, pensamos. No
hemos hablado de
autores y conceptos
para memorizarlos
y reproducirlos,
sino para vivirlos
y relacionarlos con
nuestras propias vidas.**

de imaginar, de «pensar», siempre ajena a la propia vida, a las vidas de quienes van o son llevados a ella. Aquí en la escuela no importa tu vida, tu historia, tus emociones, importa el currículum impuesto, la directriz de moda y la disciplina.

No te juzgo, también yo me sentí morir en la escuela, también yo perdí un poco de vida en ella, pero, lee esto con atención, Mayer: la escuela puede ser un lugar de deseo, donde podemos desear, y sobre todo desear estar en ella, aprender, amar, reír, llorar y sentir y, tal vez, vivir, y eso lo decidimos nosotros: tú y yo. Sí, lo sé, parece un desatino decirte que puedes desear en un lugar hecho para que no deseases, es como decirle a un ave que puede volar sumergida en la mar.

Sin embargo, no miento al afirmar que allí puedes desear, ser un deseo aflorado, impulsado y vital. Bien sabes que el deseo —como diría mi amigo Baruch Spinoza— es tu esencia: eres deseo y solo dejarás de desear al morir. Así las cosas, mientras respiras, mientras palpites nuestro corazón hay esperanza, hay posibilidad. Ese palpito de vida que eres, esa fuerza que emana de ti y que te impulsa es la misma que puede transformar esta escuela en un lugar deseado, pues las instituciones —incluso las más ortodoxas y reglamentadas— solo existen y perduran si quienes las habitan así lo deciden; quienes las conforman y las reproducen también pueden elegir convertirlas en algo distinto.

¡Tú y yo! ¡Nosotros! Y tus compañeros — Lorena, Edwin, María y más— somos fuerza, somos la energía de la que está hecha la vida y esa energía puede ser alegría y no, tristeza. Tu y yo podemos construir la escuela del deseo: una escuela para la vida, para aprender a vivirla y saber cómo hacerlo; una escuela para soñar, para crecer en nuestro deseo, para aumentar nuestra potencia de vida.

¡Vamos a construir esa escuela, Mayer! Ven conmigo a caminar e imaginar esa escuela; hablemosla y comencemos a sentirla...

¿De qué estaría hecha esa escuela, Mayer? Seguramente, de todo lo contrario a lo que hoy conocemos. Estaría hecha, por supuesto, de tu vida, de la mía, de nuestras preocupaciones, nuestras confusiones, nuestro deseo de vivir y festejar; entonces, no sería una escuela que solo nos enseñe a trabajar, sino, ante todo, una escuela que nos enseñe a vivir; y, en ese sendero, que nos ayude a trazar nuestro propio camino, nuestro destino.

¡Una escuela viva!

Mayer, te he presentado parte de esa escuela en mis clases y he intentado que la vivas, que la sientas, que te des cuenta de que hay otra escuela, una que vive en mí y en muchos colegas que han denunciado la escuela celda y han dibujado libertad, alegría y amor en el aula; una escuela

la que ahora nombramos libertad, la escuela del deseo. Y tú, ahora, sin ser muy consciente de ello, la sientes igual a la antigua escuela, y no sientes deseo, «no quieres venir», no te estimula... ¿qué pasa, Mayer?

Creo que tu reclamo encierra algo más que el desánimo que te produce la escuela celda. Es la expresión de una forma de escuela que, aunque rechazas, te habita, te condiciona, te limita; y aunque frente a ti aparezca esta escuela del deseo, ya estás acostumbrado a la otra, a la vieja escuela que encierra; no ves los

**Bien sabes que el deseo
—como diría mi amigo
Baruch Spinoza— es tu
esencia: eres deseo y
solo dejarás de desear
al morir.**

nuevos colores, no percibes su aroma distinto, no la sientes diferente, y vuelves a ella como tantas veces lo has hecho: sin ánimo, sin deseo. Esta nueva escuela quiere seducirte, pero tú te resistes y solo esperas de ella lo que la escuela celda siempre te ha entregado, lo que ya está en ti; esa escuela celda se volvió paisaje para ti, para mí, para todos. Romper con ella no es fácil: nos habita, está en nuestra carne; si no tomamos conciencia de ello, todo —sobre todo lo distinto, lo nuevo, lo transformador— nos sabrá a lo mismo, nos parecerá que nada ha cambiado.

Lo que intento decirte es que la idea de escuela celda se ha arraigado tan profundamente en ti, en mí, que nos permea; llevamos su olor y condiciona cualquier experiencia educativa que intentemos vivir. Esa escuela es cultura y nos ha culturalizado, nos ha acostumbrado a un solo testimonio de escuela; aunque aparezca algo distinto, terminaremos proyectando esa escuela celda, y volveremos a sentir lo mismo: aburrimiento, desgano y desprecio... lo conocido, lo que ya nos habita.

¿Cómo romper con esa imposición, Mayer?, ¿cómo resignificar esa escuela —y el deseo que nos impone— por una escuela viva, donde se respete el deseo de cada quien y, sobre todo, se avive, se potencie? Mayer, parece

fácil, pero no lo es. Tendremos que renunciar a lo conocido, a lo acostumbrado; aunque parezca sencillo e incluso necesario, lo cierto es que nos incomodaremos, nos dará miedo y renunciaremos al cambio. Muchos creerán que la nueva escuela será o deberá ser solo risas y entretenimiento... «actividades dinámicas» que divierten y crean experiencias que solo se sienten, pero que no pasan por el pensar...

Mayer, ¿podemos pensar una escuela del deseo cuyo eje sea la risa y el entretenimiento? Muchos asumen que la escuela ideal es aquella que entretiene y divierte, dejando de lado lo esencial: pensar. Se idealiza una escuela que seduce más por su dinamismo superficial que por su capacidad de invitar al pensamiento crítico y a la introspección, descuidando así lo verdaderamente fundamental:

**Se idealiza una escuela
que seduce más
por su dinamismo
superficial que por su
capacidad de invitar
al pensamiento crítico
y a la introspección,
descuidando así lo
verdaderamente
fundamental: nuestra
propia existencia.**

nuestra propia existencia. Mayer, estamos olvidando que el deseo, eso que somos, solo aflora y puede ser encauzado por alguien que se conoce a sí mismo, que se ha pensado, desnaturalizado, cuestionado y problematizado. Aquel que, al precio de sí mismo, ha decidido nacer de nuevo y ha sufrido —ha sentido «dolor»—, pues, como dice Sócrates, pensar implica sacrificarse, dejar de ser para ser algo distinto. Mayer, ¿es posible una escuela del deseo sin «dolor»? Y hablo del «dolor» como esa necesaria salida del lugar de confort, de lo conocido,

de lo acostumbrado, ese cuestionarse y problematizarse que nos lleva a la incomodidad y el desacomodo, y llegado el caso a la rabia y la frustración... Mayer, ¿en la escuela del deseo este «dolor» debe extirparse?

La escuela del deseo no solo está viva porque en ella podemos reírnos, hablar más o porque reconozca nuestra historia; está viva

porque es una escuela del pensamiento, es una escuela que cumple el anhelo de quienes la idearon como una utopía: un lugar donde la humanidad, los hombres y las mujeres valiéndose de la razón —de su capacidad de pensar— se sobrepongan a la ignorancia y construyan su libertad. La escuela del deseo no es más fácil que la anterior; de hecho, es más desafiante, incluso, de alguna manera, más incómoda, pues te entrega la responsabilidad de ser, renacer y asumir la dura tarea de ser el piloto de tu existencia, creador y gobernador de tus emociones. Este es el verdadero logro de la escuela del deseo: lo que ella te entrega, lo que tiene para darte, ese es su mejor regalo.

Mayer, nunca abandonarás completamente la escuela celda; de hecho, en la escuela del deseo pervivirán muchas cosas que hacen parte de ella; por ejemplo, el orden, que no es malo; una escuela del deseo también debe tener orden, incluso, disciplina y, si se quiere, algo de autoridad —que no es

autoritarismo—. La escuela del deseo es muy diferente de la escuela celda, no porque se vea distinta, sino porque tú la ves distinta, la asumes y la creas en otro camino, con otras coordenadas. Mayer, serás tú quien cambie, quien deberá cambiar-se, ser otro; ese cambio te permitirá transformar la escuela celda que desprecias, y que ahora, como creación tuya, deberás amar, y es que solo por amor nos comprometemos, Mayer; es el amor el que nos lleva a ser y hacer, el que realmente nos compromete, y ese camino, aunque no sea estable, garantiza un constante deseo de estar, de venir y continuar. El amor nos salva, Mayer, nos reencuentra con nuestro deseo que es semilla y hace de esta nueva escuela terreno fértil para florecer.

Con aprecio, tu profe Ivannsan.

Referencias

Lodi, M. (2000). *El país errado*. Laia.